

tan incierta como la filosofía, y, lo dirémos sin embozo, no debia abandonar esa libertad á la ciencia. La ciencia se forma por grados, á pasos lentos y á tientas; y adviértase que no tratamos del mundo físico, cuyas leyes, aunque desconocidas, siguen siempre su curso á pesar de las investigaciones y de las disputas de los hombres: trátase del mundo moral, cuyas leyes ignoradas se quebrantan necesariamente por los séres libres; siendo al mismo tiempo evidente, que todo el que viola una ley de la natureleza, por leve que sea, obra mal, ofende á la santidad de Dios, y abre una puerta al desórden, que le conduce á la muerte. Por esto decia San Pablo: "Por el pecado de uno solo entró la muerte al mundo."

Por otra parte, al confiar la direccion del hombre á la ciencia, el mal era inevitable; porque antes de que se adquiriese la ciencia, sin conocerla y sin que estuviese bajo el dominio de todos, era preciso obrar, y obrar sin reglas, es decir, caminar á ciegas y caer en el abismo. El conocimiento de nuestros deberes no debe depender de una ciencia adquirida con trabajo, siempre incierta y necesariamente imperfecta, sino que nos debe ser comunicada por la enseñanza divina, que escluye la discusion, las dudas y los vacíos. El conjunto de nuestros deberes ó debe ser completo ó no debe llamarse así; debe ser cierto ó no puede ser obligatorio. Es imposible que la conducta del hombre se someta á las variaciones, incertidumbres y contradicciones de una ciencia limitada, y que se la condene á obrar sin fé y sin fuerza, violando las leyes de la naturaleza, y ejecutando el mal que le degrada, corrompe, y le lleva á la muerte.

Todavía se conocerá mejor por qué Dios no podia abandonar la libertad humana á la sola direccion de la ciencia, si se recuerda lo que ya tenemos asentado, es decir, que la ciencia es impotente para constituir la sociedad moral. Pero aun cuando la ciencia hubiera encontrado sus fórmulas y aun cuando hubiera redactado sus leyes, ¿qué habria alcanzado? solo un código y nada mas que un código. Empero para que un

código tenga valor es necesario que sea aceptado; que las leyes generales que contenga se apliquen justamente á la infinita multitud de casos particulares, y que esas leyes sean ejecutadas exactamente; ó en otros términos, es necesario que ese código sea vivificado por los poderes legislativo, interpretativo y ejecutivo permanentemente: de lo contrario, nada seria. Luego sin estos requisitos el código de la ciencia moral careceria de sancion y en vano aspiraria á imperar sobre las voluntades libres, porque no vendria á ser otra cosa que la alfajía de la fábula.

De esta suerte, hablando prácticamente, al aconsejar Satanás al hombre que se sustrajera de la autoridad divina, y confiase la direccion de sus destinos á los cuidados de la ciencia, arrojaba sobre la tierra un falso y funesto principio, que debia ser necesariamente el gérmen de los mas desastrosos resultados. Nosotros seguiremos á ese principio sobre el campo de la esperiencia para demostrar sus vicios por los hechos, á fin de convencer á los espíritus de que la humanidad aislada de Dios, reducida á sus propias fuerzas y tiranizada por Satanás, jamas llegará á formar una sociedad moral, tipo único de la verdadera perfeccion.

CAPITULO IV.

El reino de Satanás ha producido la anarquia moral y el despotismo de la fuerza material.

Ciertos filósofos, entre los que Rousseau fué el órgano principal, pretendieron que la desigualdad y los otros males que afligen á la especie humana provenian de la institucion de la sociedad política, y consecuentes consigo mismos, no temieron provocar su destruccion, proponiendo la vuelta al estado salvaje. Pero ¿cómo hombres circunspectos han podido concebir reflexivamente una idea tan estravagante? Confundien-

do por una distraccion muy frecuente en las almas agitadas por sistemáticas preocupaciones el efecto con la causa, ó mejor dicho, tomando lo uno por lo otro, dieron esos filósofos precisamente en lo contrario á la verdad. Lejos de que la sociedad política haya engendrado todos los males de la humanidad, estos mismos males se invocan como remedio de la sociedad política. De este modo los pueblos dando oído á los consejos insensatos de la filosofia, los ponen en práctica, descendiendo mas bajo que los brutos, á quienes se asemejan en la libertad, sin participar de los instintos providenciales que la regulan. Sin embargo, como dice Xenofonte en su *Cyropedia*, mientras que los animales se apegan con pasion al pastor que los conduce, el hombre no tolera al jefe que le gobierna, y siente fermentar en su corazon la levadura de la rebelion. ¹ ¿De qué proviene esto? De que el hombre segun los primeros designios de Dios, no nació para la sociedad política sino para la moral. Dotado de una alma pura y radiante de santidad, si hubiera sido dócil á la infalible direccion de su autor, no hubiera necesitado de otra direccion ni otras leyes; y la gran familia de la humanidad, libre con una libertad inocente, feliz con una suerte exenta de corrupcion, se hubiera desarrollado en paz, igualdad y fraternidad sinceras, que jamas se hubieran perturbado por el soplo de las pasiones.

Despues que el hombre desobedeció á Dios, se encontró dueño de sí mismo, y esperó que por sus propias fuerzas podria mantener la sociedad moral; creyó que podria conservar la verdad, y que esa verdad tendria poder bastante para sujetar á todas las voluntades en el camino recto. Las primeras sociedades fueron puramente teocráticas: los hombres eran como los representantes de Dios, encargados de transmitir á sus hermanos la ciencia del bien y del mal; pero bien pronto fué ineficaz su enseñanza, y se huía de su voz; y la libertad, despreciando los principios racionales, se escapaba

¹ Prefacio de la *Cyropedia*.

de la línea recta, y ya fué necesario sujetarla por medios mas fuertes que los de la persuasion. Solo una nacion, por un favor especial de la Providencia, conservó por mas tiempo que las otras el régimen de la sociedad teocrática, y pudo en virtud de la proteccion de Dios conservarlo siempre; pero seducida por el ejemplo de los pueblos vecinos, quiso tener un gobierno como el de ellos. “Ved, dijeron los judíos á Samuel, que has llegado á la ancianidad, y tus hijos no siguen tus caminos: nombradnos un rey para que nos juzgue, como lo tienen las demas naciones.” Samuel consultó al Señor, y el Señor le respondió: “No es á tí, sino á mí á quien se dirige esa increpacion del pueblo: haz lo que te dicen, y dales un rey que los gobierne.” ¹

Así fué como el hombre no tardó en hacer justicia, comprendiendo él mismo que no era capaz de constituir la sociedad moral. Por lo demas, difícil le hubiera sido conservar tal ilusion, considerando el espectáculo que le ofrecia la tierra despues de la desobediencia. “Hé aquí, dice el Todopoderoso, ofendido por su criatura; hé aquí á Adam que se ha hecho como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal: no sea que estienda la mano y coma del árbol de la vida y viva eternamente.” Dicho esto, hízose invisible el Omnipotente, y arrojó al hombre del paraiso, abandonándole á sus deseos, y dejándole el cuidado de proveer sus destinos. ²

Fijemos ahora esa nueva situacion, en la que se encuentra nuestra especie.

Todavía está dotado el hombre de poderosas facultades: tiene una inteligencia vasta, una sensibilidad viva, una voluntad fuerte, y sentidos vigorosos: en el fondo de su corazon todavía lee la revelacion divina, ese fuego puro de verdad, que Dios mismo se habia encargado de atizar. Pero estas cualidades no constituian el todo de la existencia pervertida del hombre. El trato con el espíritu impuro le habia

¹ I de los Reyes, cap. 8.

² Génesis, cap. 3.

traído un germen de corrupcion, del que ya habia experimentado los tristes efectos. Desde entonces comenzó á levantarse en su interior la guerra intestina : allí no reinaba el bien sino á medias : los buenos y los malos deseos se combatian sin descanso en su débil corazon, teatro de continuas guerras, y desgraciada víctima del eterno buitres que le despedazó : ya no era como un sér simple, sino doble ; no podia crecer en el seno de una dulce paz, sino en las turbaciones de la guerra. Si tal como Dios le habia criado al principio, en toda la pureza de su naturaleza, era ya el hombre un sér finito, impotente para crear la ciencia moral, ¿ qué seria cuando el veneno obraba en él ? La perversion de sus inclinaciones no le permitia buscar el bien con indiferencia ; bien que descubierto debia imponerle reglas que deberia trasmitir á su voluntad para reducirlas á actos dificiles de cumplir. Adquiriendo la ciencia del bien y del mal, cada uno de los descendientes de Adam tenia que levantarse contra sí mismo, contra los deseos mas caros á su corazon ; deberia ser juez de diferencia, en la que estaba necesariamente interesado ; y como nadie es juez en su misma causa, debia tenerse por sospechoso, y temer que su sentencia fuese dictada más por el aliciente de su pasion, que por el amor á la verdad.

Pero veamos prácticamente al género humano. Su trabajo, á decir verdad, no era tan difícil como nosotros lo suponemos. Realmente no debia formar la ciencia moral, sino que debia solo conservarla : intacto habia quedado el sagrado depósito de las verdades reveladas por Dios, y la humanidad no tenia que hacer otra cosa mas que respetarlas, para tener una regla invariable de su conducta. Sin embargo, esto aun fué mucho para su debilidad y corrupcion. Teniendo entre sus manos las tradiciones primitivas, no tardaron en degradarse, desnaturalizarse y hacerse inconocibles. A la única religion verdadera, de quien el hombre era el guardian, sucediéronse bien pronto una multitud de religiones falsas, obras de la imaginacion, de las pasiones, del capricho

y de la ignorancia. La anarquía llegó á su colmo. No solo cada pueblo tuvo su culto particular, sino que los cultos variaban segun los tiempos, los climas y las circunstancias, á tal grado, que no seria posible clasificarlos. En ningun pueblo, escepto el judío, se encontraba una religion fundada sobre la creencia pura de la unidad de Dios. Esta creencia despues de haber sido desfigurada por estravagantes y ridículas teogonías, fué sucesivamente desnaturalizada en la India por el panteismo, mutilada en Persia y en Egipto por el dualismo, y en todas partes despedazada por el politeismo. Todo fué hecho Dios, dice Bossuet, escepto Dios mismo. Divinizáronse los astros, los elementos y las diferentes fuerzas de la naturaleza ; adoráronse los hombres, los animales, las plantas, y para eterna vergüenza del espíritu humano, adoráronse las pasiones mas bajas, y los vicios mas degradantes se colocaron sobre los altares y recibieron adoraciones. Las demas verdades morales, que son consecuencia de la unidad de Dios, sufrieron las mismas vergonzosas vicisitudes que ésta : se despreciaron las relaciones entre Dios y los hombres ; y las ceremonias y prácticas religiosas que son la espresion de aquellas relaciones, lejos de recordar la bondad, la majestad y la santidad divinas, fueron destinadas á santificar la crueldad de los sacrificios humanos, la ignominia de las supersticiones idolátricas, y la infamia de misteriosos secretos. Chronos, Baal, Teutates, Pan, Baco, Venus y Cibeles nos recuerdan estrañas aberraciones y monstruosos escesos. Inventáronse acerca de la otra vida las fábulas mas absurdas : la metempsícosis obtuvo gran boga, y las nociones sobre el paraíso y el infierno estaban tan sobrecargadas de invenciones, que era necesario, siguiendo el pensamiento de Sócrates, tener una fé muy firme para no juzgarlas como cuentos de viejas.

Así como el hombre se habia olvidado de Dios y de sus relaciones con su Creador, no menos se habia olvidado de sí mismo y de las relaciones con sus semejantes. Las ideas sobre nuestro origen, naturaleza y fines fueron inciertas ; y el

hombre ó se envilecia hasta el extremo, ó se sublimaba neciamente : ora se reputaba como víctima de la fatalidad, ora como un fenómeno divino : unas veces se resignaba bajo el yugo de la esclavitud, y otras con impudencia aspiraba á los honores de la divinidad. Perdida la idea de la unidad de Dios, la idea de un padre comun de todos los hombres, se fué igualmente debilitando : se establecen las castas y las naciones ; y la humanidad ya no se reputa como una gran familia de hermanos, sino que es una multitud de séres desunidos, que se repelen y se tratan mutuamente como extranjeros, como bárbaros y enemigos, descendiendo la humanidad á la esfera de las cosas, sobre las que se puede traficar. En vano se tuvo la idea de levantar en Babel una capital universal, y de construir un soberbio monumento que sirviese de punto de reunion, porque ese lugar no se hizo célebre sino por la confusion de lenguas y por la consumacion de la anarquía moral.

Cuando la verdad estuvo para extinguirse completamente, ciertos hombres que se reputaban mas sabios que los demas, sonrojándose de los excesos de la humanidad, emprendieron restablecer por sí solos el edificio moral, que no se habia podido preservar de la ruina. Loables eran, si se quiere, sus intenciones ; pero la empresa era superior á sus fuerzas. Sin embargo, pusieron manos á la obra. Thalés y Pithágoras fueron los primeros que buscaron en la ciencia la solucion de los grandes problemas, para saber qué habia ocasionado el olvido y oscurecimiento de la verdad. Desgraciadamente el resultado frustró las esperanzas. Desde el punto de partida esos filósofos estuvieron desacordes enteramente, y ese desacuerdo fué en progresion hasta llegar á establecer proposiciones enteramente contrarias, pero igualmente tan funestas como falsas. Los sistemas de sus diferentes escuelas entrañaban el gérmen de los errores universales, de donde nacia los otros, como el panteismo, el dualismo y el ateismo. Thalés y Anaxágoras admitieron dos principios eternos é increados, la materia y espíritu ; y Anaximenes y Anaximan-

dro admitieron un solo principio material, de cuyo seno salió todo lo creado. Segun Phytágoras, el principio de las cosas es la *unidad absoluta, espíritu y materia, que todo lo comprende, de donde todo sale, y adonde todo vuelve*. Por otro lado, la escuela social creada en la sensualidad, negaba la existencia de un mundo espiritual, y terminaba en el materialismo ; al paso que la itálica, considerando las sensaciones como ilusorias, echaba el fundamento del idealismo, y procediendo lógicamente, negaba la existencia del mundo material. Estas consecuencias se desarrollaron rápidamente ; y otros filósofos, aceptando la herencia de sus antecesores, la hicieron fructificar, y resueltamente sostuvieron el panteismo espiritualista, ó el panteismo materialista. El uno sostenia la existencia de un *solo Sér inmaterial, eterno, infinito é inmutable*, afirmando que los otros séres finitos no eran sino pura ilusion ; y el otro, al contrario, defendia que no existia en el mundo sino una *pluralidad indefinida de principios materiales*, y que el Sér único y espiritual no era sino una imaginacion. Hiciéronse estas diferentes sectas una guerra encarnizada, y la lógica, reducida á arte, no sirvió para que una discusion sábia trajese al conocimiento de la verdad, sino para lanzar con mejor resultado las saetas pérfidas del sofisma.

Todas estas interminables disputas conmovian á los espíritus. Parmenides sostuvo que los sentidos no nos ofrecian sino apariencias : Zenon probó que todas las ideas sobre lo finito eran contradictorias ; Metrodoro de Chio, arrebatado por el escepticismo mas desesperado, exclamó : "*Yo mismo ignoro si algo sé.*"

Así era como la razon orgullosa, que habia osado asemejarse á Dios, aspirando á conocer el bien y el mal, se castigaba, renegando de sí misma. Repentinamente una nube de sofistas se echaron sobre el ídolo derrumbado, y revistiéndolo de mil trajes, le hicieron desempeñar toda suerte de papeles. Sócrates corre á su defensa, y librándolo de las profanaciones de los farsantes, lo coloca sobre su antiguo pedestal.

Advertido por las desgracias anteriores, estuvo en guardia é hizo un esfuerzo magnánimo por recobrar su dignidad perdida y su arruinado imperio. De ese esfuerzo nació el gran Platon, que llevó el sobrenombre de divino; pero ¡oh fatalidad! también salieron Aristóles el convenenciero, Zenon el fatalista, Diógenes el ruin, Epicuro el ateo, Ebulides el disputador, Pirro, Arcésilas, y Carneades, nuevos apóstoles del escepticismo. En todos tiempos encontraremos la corrupcion, la disolucion y la anarquía; y siempre veremos que si la razon parece elevarse un momento, es para volver á caer en los abismos. Seamos, sin embargo, indulgentes para con la razon, y no la juzguemos sino por el lado mas favorable, esto es, segun las doctrinas de su mas ilustre intérprete. ¿Creeráse por esto que la filosofia racionalista, aun cuando hubiese permanecido en la altura donde la colocó el divino Platon, no blasonaria pretensiones exorbitantes, aspirando al gobierno moral del mundo? Examínense los sistemas de ese filósofo, mídase su capacidad, y fállese luego. Los sistemas de Platon no pasan de puros sistemas, sin autoridad ninguna sobre los espíritus; sistemas vagos, incompletos, inaccesibles al vulgo, entregados á todos los caprichos de la interpretacion individual, y donde los hombres jamas encontrarán ni las reglas de todas sus acciones, ni la fuerza suficiente para practicarlas. Por lo demas, el mismo Platon tiene por insuficientes sus doctrinas, cuando apela al socorro de *lo alto*, y afirma que la humanidad no alcanzará nunca la verdad moral, si Dios no se digna revelarla. Razon tenia el filósofo para juzgar así; y sus sistemas tan vanos, como manchados de errores graves y funestos, son la mas irrefragable prueba de la verdad asentada. Platon, que supo revestir ciertas verdades con tan brillante esplendor, pagó en otros muchos puntos, como el último de los mortales, un copioso tributo de la debilidad humana. Así fué que admitia la eternidad de la materia, negaba el libre albedrío, y sancionaba en su república la abolicion de la propiedad, el establecimiento de castas, la comunidad de muje-

res é hijos, el aborto, la inmolation de los hijos defectuosos, incorregibles, ó nacidos sin permiso de la ley, la proscripcion de extranjeros y la esclavitud. Hé aquí al gran filósofo, bajo cuya proteccion se ampara con tanta complacencia la filosofia, proponiéndonoslo con admiracion por modelo y como su mas digno órgano. Y si Platon pudo emitir las mas falsas y deplorables doctrinas, ¿se podia esperar algo mas razonable de todos los demas filósofos que le fueron inferiores? No, ciertamente; y los estravagantes sistemas que idearon, son la mejor prueba que pudiera darse: de modo que, faltándole á la humanidad confianza en sus directores ciegos, hubiera quedado realmente sin leyes y sin sociedad moral.

Ved, pues, el resultado de esa ciencia que apareció en el mundo con tanta presuncion, y que pretendia volvernos las diferentes verdades que las diferentes religiones no habian podido conservar intactas en el fondo de sus santuarios. Doctrinas mas perniciosas que la idolatría misma salieron de esas escuelas y borrarón lo que quedaba de la fe primitiva en el fondo de las almas. Así fué que los pueblos, guiados por instinto natural de conservacion, se armaron contra los filósofos; y el tiempo ha venido á justificar sus presentimientos y su conducta, porque es un hecho, como lo han observado muchos escritores insignes, entre los que se cuentan Chateaubriand, Lamennais y Villemain, que los imperios afianzados por los siglos y por la prudencia han sido destruidos por los sofistas; y que mas vale una mala religion, que una buena filosofia. Siempre y por cualquier parte que el error llega á la inteligencia, no es posible que la voluntad deje de resentir el golpe: y de este modo cuando Satanás engañó á la humanidad, directamente la condujo al mal.

En efecto: veamos cuáles son gradualmente los frutos de la primera desobediencia. Todavía están grabadas sobre la superficie de la tierra las cicatrices profundas que testifican un espantoso trastorno. En consonancia con esos indicios, las tradiciones antiguas refieren que un diluvio de aguas